

# *La violencia y sus discursos: los límites de la «fascistización» de la derecha española durante el régimen de la Segunda República*

*Eduardo González Calleja*

Universidad Carlos III de Madrid

*Resumen:* El presente artículo trata de discutir los límites de la impregnación fascista que sufrieron las derechas españolas de los años treinta a través del análisis de los discursos, tácticas y organizaciones vinculadas con la violencia política. Se pasa revista a la confrontación de modelos violentos del falangismo, sublimada a través de la «estilización» de la acción política; la tenue modernización de la cultura guerracivilista del carlismo; el trasfondo conservador de la movilización «cívica» protagonizada por la Juventud de Acción Popular y la apuesta intelectual contrarrevolucionaria y militarista del monarquismo alfonsino. Se concluye que, a pesar de su amplia movilización violenta, que algunos observadores identificaron con el proceso de «fascistización», las derechas extremas no lograron articular un proyecto contrarrevolucionario propio y coherente, dejando la resolución del pleito político en manos del Ejército.

*Palabras clave:* cultura política, España, siglo XX, fascismo, Segunda República, violencia

*Abstract:* This article tries to discuss the limits of the fascist influence that underwent the Spanish right in the 1930s through the analysis of the speeches, tactics and organizations linked with the political violence. This essay reviews the confrontation of violent models of the falangism, sublimated through the «stylization» of the political action; the tenuous modernization of the civil war culture in the carlism; the conservative background of the «civic» mobilization carried out by the Acción Popular Youth and the counterrevolutionary and militarist intellectual commitment of the alphonisist monarchism. One concludes that, in spite of its ample violent mobilization, that some observers identified with the process of «fascistization», the Spanish extreme right did not manage to

articulate an own and coherent counterrevolutionary project, and left the resolution of the political conflict into the hands of the Army.

*Key words:* political culture, fascism, Second Republic, Spain, 20th Century

La irrupción del fascismo en el debate político español de inicio de los años treinta, con su carga de ruptura radical con el pasado, no pudo ocultar su naturaleza en buena parte artificiosa y su promoción por parte de los grupos contrarrevolucionarios que lo contemplaron como un útil instrumento de movilización violenta contra las izquierdas, especialmente contra el obrerismo organizado. Se ha destacado en múltiples ocasiones la distinción puramente subjetiva que existió entre una derecha radical representada en sus extremos por el fascismo, el nazismo o el nacional-sindicalismo, y una derecha «de orden» representada por las varias ramas del conservadurismo autoritario. Aunque existiera una distinción más o menos neta a nivel de ideas y de movimientos, la frontera estratégica entre ambas nunca estuvo bien definida y se confundió de forma frecuente en las coyunturas críticas de lucha por el poder.

Algunos autores prefieren definir el fascismo como una gran corriente histórica, dejando en un segundo plano su estricta caracterización politológica, con el fin de destacar el incuestionable parentesco que hubo entre los diferentes regímenes y movimientos autoritarios surgidos en la época de entreguerras como reacción o adaptación a la sociedad de masas, sobre la base de tradiciones político-culturales de raigambre nacional que exigían la adhesión como forma de socialización política y empleaban un barroco aparato simbólico y la imagen de un líder carismático que personificase esa misión patriótica<sup>1</sup>. De este modo, el fascismo no se definiría tanto por su estructura totalitaria de movilización como por su misión nacionalizadora. Ahí radicaría la principal diferencia entre los movimientos y los regímenes fascistas, donde la coalición gobernante ya había sufrido una depuración de objetivos y de dirigentes «revolucionarios», sublimados unos y superados otros en aras de la unidad forjada por el Partido confundido con la Nación. Pero, además de la imposición de una voluntad nacionalizadora, otras características dominantes del primer

---

<sup>1</sup> UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, p. 43.

fascismo hispano fueron su *ethos* tradicionalista y su carácter marcadamente contrarrevolucionario; rasgos perfectamente constatables en las coyunturas de crisis que fueron jalonando el devenir histórico de la República. Más que aportar una influencia política o ideológica de carácter revolucionario, buena parte del fascismo español extremó la perspectiva antidemocrática propia de la derecha, si bien el ledesmismo adscrito al anticonformismo de la juventud pequeñoburguesa radicalizada y la Falange joseantoniana, heredera de una cierta mentalidad liberal-conservadora, desplegaron elementos regeneracionistas y fundamentos laicos<sup>2</sup>. Visto de este modo (el carácter predominantemente contrarrevolucionario y nacionalizador de masas del inicial proyecto fascista español), cobra sentido la hipótesis, avanzada por Ramiro Ledesma, de que en el país no existía un movimiento fascista canónico sino que se estaba operando un proceso de impregnación en sus principios, valores y símbolos, hasta el punto de que no hubo formación relevante de derechas que no estuviera «fascistizada» en mayor o menor grado<sup>3</sup>. La «fascistización» consistió, pues, en la asunción de una cierta fraseología, una simbología y las inevitables referencias a la intransigencia y a la fuerza bajo un trasfondo ideológico tradicional<sup>4</sup>. Por ello, este concepto no puede entenderse en términos de un bloque del fascismo como definición de área y de régimen sino como «una dinámica de aproximación de dirigentes y de base social inspirada por éstos, que va a normalizar los valores antidemocráticos en la derecha española más extrema, hasta que la línea a trazar con el fascismo, incluso en los términos ideológicos, sea demasiado tenue para determinar el carácter del régimen que sale de la República»<sup>5</sup>. La noción de «fascistizado» se utilizó durante la República para señalar la inserción de determinados elementos de la ideología fascista en el discurso conservador tradicional; era una forma de hacer atractivo el conservadurismo para las masas con un cierto aire de «modernidad»<sup>6</sup>.

---

<sup>2</sup> SAZ, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Universitat de València, 2004, p. 68.

<sup>3</sup> LEDESMA, R.: *¿Fascismo en España?/Discurso a las juventudes de España*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 72.

<sup>4</sup> ÁGUILA TEJERINA, R. del: *Ideología y fascismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982, p. 244.

<sup>5</sup> GALLEGO, F.: «La realidad y el deseo: Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en GALLEGO, F., y MORENTE, F. (eds.): *Fascismo en España*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, p. 278.

<sup>6</sup> JIMÉNEZ CAMPO, J.: *El fascismo en la crisis de la II República*, Madrid, CIS, 1978, p. 78.

La «fascistización» no consistió sólo en una mimesis organizativa e ideológica, sino que el fascismo llegó a impregnar con mayor o menor intensidad el conjunto de prácticas contrarrevolucionarias en la Europa de entreguerras, sobre todo, a través de unas tácticas de combate de masas renovadoras y de tremenda eficacia. Dicho de otro modo: la administración sistemática de la violencia contra el rival político e ideológico fue percibida por muchos como el meollo del proceso fascistizador, aunque la función y conceptualización de esa violencia difirió enormemente de unos movimientos a otros. El carácter ontológico de la violencia distinguía al fascismo de cualquier otra corriente política de la época, pues la militarización de la acción política no se entendía como un simple recurso o estrategia destinada a la conquista del poder, sino como un elemento capital de la propia existencia y como un síntoma verificable de su autenticidad. El fascismo hacía de la violencia un elemento nodal, que superaba el carácter de mero instrumento táctico para convertirse en una manifestación de la voluntad de poder nacional a través de la fuerza creadora de la acción, vinculada con la idea de regeneración y con el afán de crear una gran comunidad nacional en torno a un poderoso mito palingénésico, fuera éste la raza, el imperio, la romanidad, la cristiandad o la tradición.

Aunque, como trataremos de explicar en este ensayo, esta concepción esencialista de la violencia no era compartida por la mayor parte de las fuerzas políticas españolas que podríamos englobar en la común denominación de «fascistizadas», el deslumbramiento ante la eficacia fascista en el empleo de la fuerza afectó prácticamente a todas ellas, de modo que gran parte de la derecha —y de la izquierda— acabó por considerar que la aceptación de un elemento particular de praxis y doctrina como era la violencia equivalía a identificarse con todo el programa de cambio radical que el fascismo representaba. Esta particular sinécdoque ideológica también fue aceptada por las tendencias que acabaron por converger en la Falange como partido fascista más maduro: asumieron, sin muchos complejos, las tácticas violentas, pero divergieron con frecuencia en su despliegue estratégico, su conceptualización ético-política y su función en el seno del propio movimiento, hasta convertir la violencia en un elemento más que es preciso tener en cuenta a la hora de comprender la crisis permanente en que se vio sumida la alternativa fascista durante la República.

### «Verdades cargadas con plomo»: notas sobre la cultura de la violencia en el falangismo

La llamativa diversidad de orígenes ideológicos de las formaciones políticas que acabaron convergiendo en Falange puede trasladarse a su actitud ante la violencia. El grupo formado en torno a *La Conquista del Estado* siempre se movió en la nebulosa frontera que separaba el fascismo como doctrina unitarista, el sindicalismo revolucionario como estrategia de acción colectiva y el vanguardismo bolchevique como modelo ideal de organización subversiva. No cabe duda de que, con su concepción de movimiento juvenil militarizado, jerarquizado y centralizado que actuaría como vanguardia del Ejército y de los sectores sociales afines en una ofensiva nacionalista revolucionaria, Ledesma mantenía una concepción «leninista» de partido, mitigada por una prédica moralizante de la violencia dirigida a un fin de carácter metapolítico: la consecución de «valores superiores» de liberación y creación personal y colectiva<sup>7</sup>.

Onésimo Redondo, exponente de un fascismo de tono católico y populista más cercano al clericalismo contrarrevolucionario de Gil Robles que al nacionalsindicalismo de Ledesma, hacía una valoración fundamentalmente reactiva de la violencia política, sujeta a consideraciones de moralidad política que resultaban bien lejanas del carácter mesiánico y vitalista que aquel otorgaba al uso de la fuerza como exaltación de la pura energía humana. Si bien, en la línea del «vigilantismo» clásico, la violencia podía ser utilizada como recurso de defensa de la nación o como adecuada represalia contra los enemigos del Estado, tampoco faltaron en el grupo de Valladolid argumentos cercanos al derecho a la rebeldía que había vuelto a ponerse de moda en los medios católicos españoles más intransigentes. Bajo ese prisma, la coacción física podía emplearse para fortalecer la idea nacional incluso frente a las agresiones procedentes de un Gobierno injusto<sup>8</sup>. Junto a conceptos extraídos de la derecha radical clásica, como el antimasonismo, el antimarxismo y el antisemitismo, Redondo incorporó otros conceptos eminentemente fascistas, como la

<sup>7</sup> LANZAS, R. (seud. de Ramiro LEDESMA): «La violencia política y las insurrecciones», *JONS*, 3 (agosto de 1933), pp. 104-109.

<sup>8</sup> REDONDO, O.: «La violencia: ¿Es lícita la violencia?», *Libertad*, 56 (4 de julio de 1932), p. 1.

vinculación entre juventud y espíritu combatiente. Consideraba que la violencia, que identificaba a menudo con la guerra civil, no se reducía a un mero combate físico, sino que era una actitud vital propia de la juventud. De hecho, consideraba que la intervención de los jóvenes en la política era, antes que nada, una «milicia cívica», ya que «sólo la instrucción militar y la disciplina de los jóvenes puede redimir a los pueblos»<sup>9</sup>.

En puridad, no existió una estrategia, táctica o filosofía joseantoniana de la violencia, sino que sus apreciaciones fueron meramente coyunturales, dictadas por los problemas políticos del momento. Aunque Primo de Rivera apreciaba la obra de Sorel y estaba familiarizado con el método de conquista del poder empleado por Mussolini, creía que la Iglesia católica bendecía la violencia justa y aceptaba la añeja teoría de la rebeldía contra un régimen tiránico procedente del derecho público cristiano, reactualizada durante la República por ideólogos reaccionarios como Aniceto de Castro Albarrán, Pablo León Murciego o Marcial Solana<sup>10</sup>. Ciertamente, José Antonio no participaba de la fascinación irracionalista por la violencia que manifestaba Ledesma, sino que la toleraba como un ingrediente típico de la actualidad política, aunque le repugnaba la «política del matonismo» desplegada por grupos plebeyos del tipo de las SA y confiaba más en la capacidad persuasiva del discurso y el estilo<sup>11</sup>.

Tras la unificación del falangismo y el jonismo en febrero-marzo de 1934, la preconización de una violencia defensiva y justiciera permitió inculcar en los militantes del nuevo partido un sentido de la superioridad moral que alentó sus niveles de activismo callejero. Pero en la vorágine violenta de la primera mitad de 1934, los primeros falangistas muertos fueron manzana de la discordia entre quienes, desde dentro y fuera del movimiento, exigían una mayor capacidad de respuesta y quienes, como José Antonio, se negaban a transformar el partido en una simple organización armada. El conflicto nunca se zanjó (ahí están las sucesivas crisis de Falange en 1934-1935 o las duras invectivas de Primo contra «madrugadores» y «cipayos» en la primavera de 1936 para demostrarlo), pero pudo ser minimizado a través de una compleja armazón retórica, sublimadora de la violencia

<sup>9</sup> REDONDO, O.: «¡Milicias, milicias!», *Libertad*, 83 (14 de mayo de 1934), p. 1.

<sup>10</sup> Carta a Julián Pemartín (2 de abril de 1933), en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Obras. Edición cronológica*, Madrid, Almena, 1971 (6.ª ed.), p. 49.

<sup>11</sup> SAZ, I.: *Fascismo...*, *op. cit.*, pp. 70-71.

y de la muerte, que formó parte destacada del *ethos* o «estilo» falangista. Los nombres de los primeros «caídos» quedaron fijados en la historia a través de un barroco ritual necrológico donde se recordaba la superioridad moral de los camaradas muertos, cuyas virtudes debían ser transmitidas al conjunto del movimiento. El culto a la muerte era una muestra evidente del irracionalismo fascista y su deuda con el espíritu de rebeldía típicamente romántico<sup>12</sup>. La muerte, accidente necesario en la lógica de la guerra, no era únicamente el resultado de un enfrentamiento político, sino la inauguración de un espacio funerario destinado a legitimar la propia violencia haciendo de ella la forma natural de hacer política<sup>13</sup>. La metáfora de la muerte como sueño eterno quedó reformulada en la Falange como vigilia perpetua, ya que, como dijo Rafael García Serrano, «de la guardia bajo las estrellas era natural que se pasase, en un mundo donde el pistoletazo estaba a la orden del día, a la guardia sobre las estrellas, de modo que a nadie le extrañó la fabulosa metáfora incluida en la segunda estrofa del himno de Falange»<sup>14</sup>.

Primo de Rivera encargó al escritor Rafael Sánchez Mazas la confección de una «Oración por los muertos de la Falange» que se convirtió en parte destacada de un depurado ceremonial religioso donde la violencia sufrida o infligida se transustanciaba en un acto de servicio y sacrificio. Al proponer el perdón a los asesinos y la renuncia a la venganza al estilo cristiano, sin que ello supusiera la renuncia a la violencia, la muerte se convirtió en un gesto ejemplar y visionario de anticipación y profecía<sup>15</sup>. Como categoría antropológica, el estilo falangista se caracterizó por el desprecio lúdico de la muerte y una alegre indiferencia combativa. La «impasibilidad» y la «indolencia» así como cierta «frialidad del alma» a pesar del entusiasmo juvenil eran aspectos de un ideal heroico masculino que, con el gesto arrogante del exabrupto «¡No Importa!» (traducción libre del *Me ne frego!* del

---

<sup>12</sup> GRACIA, J.: «Fascismo y literatura o el esquema de una inmadurez», en GALLEGGO F., y MORENTE, F. (eds.): *Fascismo en España...*, op. cit., p. 127.

<sup>13</sup> GALLEGGO, F.: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005, p. 191.

<sup>14</sup> GARCÍA SERRANO, R.: *Diccionario para un macuto*, Barcelona, Planeta, 1979, p. 208.

<sup>15</sup> «Oración por los muertos de la Falange», *FE*, 7 (22 de febrero de 1934), citado en CARBAJOSA, M. y P.: *La corte literaria de José Antonio*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 128-129.

*arditismo* prefascista), cuajó en consigna política e incluso dio título a la más importante publicación de la clandestinidad<sup>16</sup>. Su traslación al espacio público a través de la fiereza y la insolencia, la arrogancia y el desplante sustituyó al análisis y a la discusión razonada que eran vistos como símbolos de la debilidad democrática. La retórica del optimismo de los falangistas ante los camaradas que cayeron «saludando con el brazo en alto, alegremente», «al paso alegre de la paz», fue una manera de sublimar el dolor y el sacrificio como ejemplo, a la manera del martirologio cristiano<sup>17</sup>, pero también un modo de conjurar o desviar cualquier crítica interna.

El estilo falangista es un ejemplo de la «estetización de la política» que Walter Benjamin contempló en los movimientos fascistas que sustituían los derechos de los ciudadanos por valores comunes ritualizados<sup>18</sup>. Por ejemplo, el carácter lúdico, militar, náutico, religioso y poético del lenguaje falangista era complementario de la retórica d'orsiana de la arquitectura y la geometría<sup>19</sup>. En esa línea «*noucentista*» marcada por un tono esteticista de raíz clásica, el fascismo español empleó un léxico enaltecedor frente a un léxico degradador: verdad-cabal, auténtico, genuino, sincero, entrañable, hondo/falsedad; luz-limpio, impecable, claro, terso, luminoso, exacto, rotundo/oscuridad; heroísmo-misión, servicio, tarea, destino, anhelo, sacrificio, temple, abnegación, exigencia, ascetismo/mediocridad; salud-fresco, juvenil, recio, vigoroso/enfermedad o degeneración<sup>20</sup>. Pero el empleo de este vocabulario tan particular, netamente retórico («milicia», «intemperie», «exacto», «máximo», «inexorable», «imperial», «difícil», «impasibilidad», «claridad» o «heroísmo» frente a «bárbaro», «turbio», «chillón» o «estéril»<sup>21</sup>), contenía al tiempo la exaltación de la «poesía de la vida» como opuesta a la serenidad o la razón. Los topoi falangistas de las «verdades cargadas con plomo» (o con puños) o el «diálogo de las pistolas» son

<sup>16</sup> ALBERT, M.: *Vanguardistas de camisa azul*, Madrid, Visor, 2003, pp. 420-421.

<sup>17</sup> MOYA, A.-P.: *Últimas conversaciones con Pilar Primo*, Madrid, Caballo de Troya, 2006, p. 21.

<sup>18</sup> BENJAMIN, W.: *Illuminations*, Nueva York, Schocken Books, 1969, pp. 241-242.

<sup>19</sup> MERMALL, Th.: «Aesthetics and Politics in Falangist Culture, 1935-45», *Bulletin of Hispanic Studies*, 50 (1973), p. 55.

<sup>20</sup> PÉREZ BOWIE, J. A.: «Retoricismo y estereotipación, rasgos definidores de un discurso ideologizado. El discurso de la derecha durante la Guerra Civil», en ARÓSTEGUI, J. (coord.): *Historia y memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León*, vol. 1, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1988, p. 361.

<sup>21</sup> MAINER, J. C.: *Falange y literatura. Antología*, Barcelona, Labor, 1971, p. 31.

un perfecto exponente de este predominio fascista de la lógica de la acción sobre la lógica argumentativa. La mística del combate partidista, sublimada en la imagen de la «guardia eterna» sobre los luceros, estaba siempre presente en un léxico político repleto de términos militares: «asedio», «autoridad», «brecha», «cerco», «columnas», «disciplina», «enemigo», «falange», «filas», «flancos», «instrucción», «mando» o «victoria», y en expresiones como «vencer a cuerpo limpio», «bien cerradas las filas», «cambio de guardia», «puesto de mando», «fortificar las posiciones ganadas», «prácticas de instrucción», «líneas de fuego» o «campo de batalla»<sup>22</sup>. La exaltación de los valores militares (virilidad, heroísmo, abnegación, desinterés, esfuerzo, servicio al bien público, disciplina), como bien moral superior, iba unida a un proceso similar de mitificación de determinadas virtudes religiosas (superioridad moral, sacrificio, misticismo) como contrapunto equilibrador. La concepción caballeresca de los falangistas como «monjes-soldados», «caballeros de la Hispanidad y cruzados de Dios»<sup>23</sup>, duros en la lucha pero generosos en la victoria, junto a toda una retórica embellecedora de la violencia y de la «muerte de los mejores» en tono de metáfora literaria, fueron menos un recurso propagandístico que un impulso al reforzamiento de la unidad interna en tiempo de crisis. Para

<sup>22</sup> Sobre el «estilo» falangista como combinación de espíritu militar, religioso y patriótico, véase el estudio semántico de CARBAJOSA, M. y P.: *La corte literaria...*, op. cit., pp. 116-122. Sobre la cultura de la muerte falangista, véase también GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: «Política de lo sublime y teología de la violencia en la derecha española», en JULIÁ, S. (dir.): *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 105-143; y, en términos más generales, ALBERT, M. (ed.): *Vencer no es vencer. Literatura e ideología del fascismo español*, Frankfurt am Main, Vervuert-Iberoamericana, 1998, y NORLING, E.: *Las JONS revolucionarias. Compañeros de Ramiro Ledesma: los otros jonsistas: semblanzas y textos*, Molins de Rei, Eds. Nueva República, 2002. Sobre la violencia en los movimientos fascistas canónicos se puede consultar: AQUARONE, A.: «Violencia e consenso nel fascismo italiano», *Storia contemporanea*, 10 (febrero de 1979), pp. 145-155; BESSEL, R.: *Political Violence and the Rise of Nazism. The Storm Troopers in Eastern Germany, 1925-1934*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1984; LYTTELTON, A.: «Fascismo e violencia: conflitto sociale e azione politica in Italia nel primo dopoguerra», *Storia Contemporanea*, 12 (diciembre de 1982), pp. 965-984; NELLO, P.: «La violencia fascista ovvero dello squadristo nazionalrivoluzionario», *Storia Contemporanea*, 12 (diciembre de 1982), pp. 1009-1025; PETERSEN, J.: «Il problema della violenza nel fascismo italiano», *Storia Contemporanea*, 12 (diciembre de 1982), pp. 985-1008, y SUZZI VALLI, R.: «The Myth of Squadristo in the Fascist Regime», *Journal of Contemporary History*, 35 (abril de 2000), pp. 131-150.

<sup>23</sup> FE, 8 (1 de marzo de 1934), p. 5.

Primo de Rivera, servir al ideal falangista requería «un sentido ascético y militar de la vida; un gozo por el servicio y el sacrificio que, si hace falta, nos lleve como caballeros andantes a renunciar a todo regalo hasta rescatar a la amada cautiva que se llama nada menos que España»<sup>24</sup>. Por el contrario, Mechtild Albert opina que, más que a recursos éticos y estéticos medievalizantes, el falangismo recurrió al paradigma neoclasicista propio del estilo fascista de la época (heroización póstuma), con innegables atisbos expresionistas y vanguardistas<sup>25</sup>. Tales planteamientos reflejan claramente las contradicciones intelectuales de una joven militancia que, sin romper del todo con el universo estético y moral del catolicismo tradicional (donde entraba de lleno la militancia cedista o carlista), leía a Zane Grey, Oliver Curwood y Emilio Salgari, la novelística heroica y social desde Dorgelès a Malraux, las biografías idealizadoras de Zweig, Maurois, Bainville o Ludwig, y la *Técnica del golpe de Estado* de Curzio Malaparte, sin contar con las influencias vanguardistas de Marinetti, además de ser una fanática seguidora del primer cine de acción<sup>26</sup>.

Este retoricismo exacerbado por imperativos bélicos ocultó, en la mayor parte de los casos, la mayor indigencia ideológica. El pseudolirismo de Falange y la predilección por una expresión pretendidamente poética servía como vehículo de consumo de unos contenidos ideológicos enormemente imprecisos e incongruentes<sup>27</sup>. El casi siempre lúcido Ridruejo lo condenó a posteriori cuando señaló que «el cultivo retórico de esta embriaguez del estilo permitiría luego llamar revolución a una operación de policía, y lo que es más grave, vivirla como si lo fuera»<sup>28</sup>.

### «Cruzados de la causa»: la reactualización de la cultura insurreccional carlista

Desde su mismo origen, el recurso a la lucha armada había sido una de las características más persistentes de la acción política del car-

<sup>24</sup> RÍO CISNEROS, A. del, y PAVÓN PEREYRA, E. (comps.): *José Antonio íntimo. Textos biográficos y epistolario*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1968, p. 179.

<sup>25</sup> ALBERT, M.: *Vanguardistas...*, op. cit., 2003, p. 430.

<sup>26</sup> MAINER, J. C.: *Falange y literatura...*, op. cit., pp. 14-15.

<sup>27</sup> PÉREZ BOWIE, J. A.: «Retoricismo y estereotipación...», op. cit., p. 359.

<sup>28</sup> RIDRUEJO, D.: *Escrito en España*, Buenos Aires, Losada, 1962, p. 79.

lismo. Paradójicamente, el legitimismo español siempre evidenció una notable capacidad de adopción y adaptación de nuevos repertorios de confrontación que convivieron, con fortuna diversa, en el seno de estrategias políticas no estrictamente violentas. Esa cultura política militarizada, junto a la contrastada eficacia de su modelo de partido-comunidad inspirado en la familia patriarcal como elemento reproductor de la militancia política<sup>29</sup>, le permitió preservar un principio de disciplina que facilitó la supervivencia del carlismo tras las escisiones sucesivas de cabreristas, pidelistas, integristas y mellistas.

Como en anteriores coyunturas de crisis, el utopismo retroactivo del tradicionalismo, su afán por recrear una arcadía paternalista y descentralizada basada en la participación «orgánica» del pueblo dentro de un poderoso aparato estatal bajo el consenso forjado en la uniformidad religiosa, atrajo a numerosos conservadores desengañados con la Monarquía liberal<sup>30</sup>, al tiempo que la nostalgia de la guerra y la esperanza del triunfo en otro conflicto armado actuaron como mitos movilizadores en esta nueva etapa de paz conflictiva. Con la República, el carlismo se fortaleció por la afluencia de conservadores extremistas que vieron en el tradicionalismo la punta de lanza de una coalición antidemocrática de amplio espectro que aspiraba a la destrucción de la República por vía insurreccional<sup>31</sup>. El jaimismo se reunió en una comunión de creencias tradicionalistas y se transformó en un aglomerado contrarrevolucionario de amplia base que, con todo, no logró la hegemonía en el universo de las derechas españolas. Aunque desde finales de siglo había ido depurando su ideario populista reaccionario, la Comunión Tradicionalista se mantuvo en crisis permanente durante toda la República, atenazada por una nueva querrela faccional (la intransigencia «cruzadista») y la incógnita sucesoria, por más que la movilización inducida desde la jefatura por Manuel Fal Conde tratara de encubrir esta debilidad.

---

<sup>29</sup> Véanse CANAL, J.: «Sociabilidades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)», *Historia Social*, 15 (1993), pp. 29-47, y «La gran familia. Estructuras e imágenes familiares en la cultura política carlista», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 99-136.

<sup>30</sup> BLINKHORN, M.: «Right-wing utopianism and harsh reality: Carlism, the Republic and the "Crusade"», en BLINKHORN, M. (ed.): *Spain in Conflict, 1931-1939. Democracy and Its Enemies*, Londres, Sage, 1986, p. 183.

<sup>31</sup> UGARTE, J.: *La nueva Covadonga...*, op. cit., p. 38.

Como para otras formaciones católicas, el gran aglutinante combativo de esta primera etapa fue la política laicizadora impulsada desde el Gobierno republicano-socialista, que precipitó al carlismo en una espiral de reacción violenta con tonos milenaristas y apocalípticos que en ocasiones recuerda las manifestaciones de la rebeldía «criste-ra» en México.

En general, la cultura del conflicto venía condicionada en el caso del carlismo por la necesidad de remozar el instrumento violento y adaptarlo a la nueva política de masas. El *aggiornamento* ideológico resultó muy relativo. Manuel Senante Martínez, director del integrista *El Siglo Futuro*, fue el más persistente teorizador de la violencia desde el campo tradicionalista, tan poco dado a este tipo de especulaciones, aunque sus consideraciones se basaban en la doctrina respecto a la licitud de la resistencia a los poderes ilegítimos emanada del derecho público cristiano<sup>32</sup>. En el conjunto de España, el auge carlista se hizo preferentemente sobre una base estudiantil que fue reorganizada desde mayo de 1931 en la Agrupación Escolar Tradicionalista (AET) y en un rudimentario entramado paramilitar, aunque su obligada vinculación a comités y círculos locales liderados por la vieja elite del jaimismo en el Norte o Levante contrastaba con la autonomía, el dinamismo y el radicalismo impuesto por los jóvenes líderes andaluces. En junio de ese año se celebró en Azpeitia una reunión donde se decidió la reorganización de la milicia Requeté para afrontar un eventual movimiento insurreccional de carácter defensivo y centrado en las provincias del norte. El reclutamiento de «decurias» en Navarra, disueltas por presión gubernativa en mayo de 1932, fue un paso más en ese activismo violento aún titubeante entre el programa defensivo postulado por Generoso Huarte, basado en la protección armada de las iglesias y los centros políticos afines, y la postura más radical de Jaime del Burgo, más cerca a la acción directa callejera propia del fascismo. Con la adhesión del coronel Enrique Varela, quien a fines de 1932 elaboró un prolijo *Compendio de Ordenanzas, Reglamento y Obligaciones del Boina Roja, Jefe de Patrulla y Jefe del Requeté* heredero de una larga tradición de publicística car-

---

<sup>32</sup> Véase, por ejemplo, el discurso pronunciado en Lérida reseñado en *El Siglo Futuro*, 23 de diciembre de 1931, p. 1, y su obra *Verdadera doctrina sobre acatamiento y resistencia a los poderes ilegítimos y de hecho. La política tradicionalista*, Madrid, Imp-ta. José Murillo, 1932.

lista sobre asuntos de organización militar, la milicia comenzó su despliegue a escala nacional y su transformación en un verdadero «Ejército Real» en la sombra.

En la primavera de 1933, el periódico carlista radical barcelonés *Reacción* pretendió sacar provecho político de la desorientación de ciertos sectores ultraconservadores con motivo de la polémica de *El Fascio*, planteando un tradicionalismo que se pretendía definir como verdadero fascismo español. Para ello, se pretendió capitalizar este sentimiento antidemocrático a través de un «Frente de Boinas Rojas» que se entendía como una respuesta unificadora de los movimientos contrarrevolucionarios en competencia con el naciente proyecto de Bloque Nacional. Pocos días antes de la presentación en sociedad de Falange Española, determinados medios carlistas acariciaron la posibilidad de que sus propias juventudes lanzasen «el verdadero fascio español, el fascio que temen tanto los republicanos y que a nosotros nos resulta simpático, porque, en España, sin solera pagana ni raíces protestantes, no puede ser otra cosa que el tradicionalismo»<sup>33</sup>. Aunque la doctrina totalitarista, modernizadora y laica de Falange difería notablemente del populismo rural, tradicional y religioso propugnado por los carlistas, sus dirigentes se hacían eco de la capacidad de sugestión de la idea fascista, que «deslumbra a la gente joven y a los elementos más activos: precisamente me escriben de Navarra (Los Arcos) señalando el entusiasmo de la juventud (incluso la nuestra) por el fascismo y pidiendo libros y consejos»<sup>34</sup>. Entre los jóvenes militantes carlistas volvió a brotar una fiebre activista que tuvo menos de deslumbramiento fascista que de rebelión generacional contra la inercia de la élite directiva del movimiento. Desde el 26 de enero de 1934, Jaime del Burgo simultaneó sus tareas de organización paramilitar de la juventud tradicionalista pamplonesa con la publicación de la revista *a.e.t.*, intransigente, violenta y con retazos considerados por algunos grupos de izquierda como «fascistizantes», con sus llamadas a la revolución social contra el capitalismo en contra de la opinión de sus mayores y de los más ortodoxos derechistas, que en realidad controlaban el partido:

<sup>33</sup> *Tradición*, 20 (15 de octubre de 1933), p. 511.

<sup>34</sup> Barón de Sangarrén a José M.<sup>a</sup> Gómez de Pujadas (San Juan de Luz, 7 de noviembre de 1933), en Archivo General de la Universidad de Navarra (Pamplona), Archivo Manuel Fal Conde [AGUN/MFC], leg. 133/004.

«Somos revolucionarios ¿Lo oyen ustedes? ¡Revolucionarios! [...] No es la misma situación inmediatamente anterior a la actual, sino que se remonta a otros siglos de esplendor y gloria [...] Que las Juventudes Carlistas sean las impulsoras de la Revolución. Hagamos surgir un mar rojo de boinas encarnadas de sangre de traidores, para que sobre él pase arrogante la barquilla de la Tradición»<sup>35</sup>.

A través de un lenguaje claro y contundente, henchido de inconformismo juvenil y de una beligerancia generacional que recordaba al grupo de *La Trinchera* de los años diez<sup>36</sup>, *a.e.t.* era el portavoz idóneo de una juventud escolar cuya actividad, impregnada de los nuevos modos de protesta surgidos en las aulas a mediados de la década anterior, se encontraba, sin embargo, más próxima a los modos de acción callejera propios de las milicias políticas de los años treinta. Los jóvenes tradicionalistas que se declaraban «hartos de legalidad» y de inacción hablaban de «revolución carlista» como una mera variante de una revolución nacional que debía tener un carácter violentamente antiliberal, y estuvieron sujetos, como la generación jaimista radical de los años diez, al influjo de un cierto populismo obrerista que actuó de alternativa a la asunción de una retórica nacionalista revolucionaria de carácter fascista. Se postuló un rearme activista a mitad de camino entre la moderna acción directa y el tradicional militarismo que era una de las principales señas de identidad del legitimismo español, dirigido en primer lugar contra el marxismo pero también contra los políticos republicanos —la clase deliberante por antonomasia—, el accidentalismo cedista y los «mestizos», «reconocementeros» o transaccionistas de todo tipo que campaban en la cúpula del carlismo. Las ansias de violencia llevaban a este grupo a considerar que las acciones prioritarias del carlismo eran la recluta de requetés y el perfeccionamiento de su organización militar con vistas a una sublevación armada, para lo cual se proponía «que cada ciudadano honrado sea un militar del honor y de la Patria»<sup>37</sup>. Sin embargo, más allá de su tono de radical inconformismo, estos jóvenes mantenían

<sup>35</sup> «Urge ir a la formación del frente revolucionario de Juventudes Carlistas que sean la plataforma del Ideal», *a.e.t.*, 4 (16 de febrero de 1934), citado en BURGO, J. del. *Requetés en Navarra antes del Alzamiento*, San Sebastián, Ed. Española, 1939, pp. 51-55.

<sup>36</sup> Véase GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *La razón de la fuerza*, Madrid, CSIC, 1998, pp. 493-500.

<sup>37</sup> *a.e.t.*, 13 (27 de abril de 1934).

incólume el viejo espíritu combatiente del carlismo, impregnado de los valores intemporales del romanticismo decimonónico: valentía en el combate, fidelidad a la propia estirpe y al Rey, piedad religiosa, sentido del honor basado en la intransigencia doctrinal y voluntad de sacrificio mezclada con un honesto afán de aventura. Como declaraba Jaime del Burgo al pretendiente:

«Henos aquí a nosotros, descendientes y continuadores de aquellos voluntarios, dispuestos a luchar como ellos lucharon, a morir como ellos murieron, y también a vencer como ellos vencieron, previniendo lo que ellos no supieron prevenir: la negra traición de los cobardes, de los viles que vendieron su Causa por treinta monedas. Señor: Somos descendientes de aquellos bravos que os acompañaron en la toma de Cuenca. Estamos dispuestos a todo, porque todo lo ofrecemos en holocausto del Ideal. Disponed, Señor, de nuestras vidas y haciendas, pues todo es vuestro [...] Somos estudiantes. Somos jóvenes, y no nos seduce la idea de llegar a viejos sin haber hecho algo grande que cuenten las leyendas y se inscriba en letras de oro en las historias, para ejemplo de las generaciones venideras. Mientras llega la hora del combate final, el libro es nuestra arma. Refñiremos batallas intelectuales que sean un avance de futuras luchas heroicas»<sup>38</sup>.

El combatiente que idealizaba Del Burgo era el arquetipo de carlista. Pero los jóvenes de la AET pamplonesa, admiradores de los míticos generales carlistas, sobre todo de Zumalacárregui, y lectores de las memorias bélicas románticas del siglo XIX, también participaban de actitudes modernas como el deporte o el ejercicio físico. Así pues, la radicalización del carlismo durante la República resultó parcial, se concentró en los grupos de menor edad y afectó más a la forma y a la organización del movimiento que a sus verdaderos postulados ideológicos. Fue Manuel Fal Conde, el hombre fuerte de la Comunión desde mayo de 1934, quien trató de incorporar visos de modernidad a la organización de la violencia, aunque la teorización de la lucha armada contra la República siguió recluida en los mitos fundadores de la rebeldía carlista y en las doctrinas de resistencia a la tiranía emanadas del derecho público cristiano. Poco antes de su nombramiento, Fal señaló que la perpetración de un acto violento para «restaurar la soberanía legítima» seguía siendo una de las obli-

---

<sup>38</sup> Jaime del Burgo (presidente de la AET de Pamplona) a Alfonso Carlos (San Juan de Luz, 15 de diciembre de 1933), en AGUN/MFC, leg. 133/001.

gaciones históricas del carlismo, aunque entendía perfectamente que «las luchas modernas han acreditado que mientras ha ido cayendo en desuso el pronunciamiento militar tipo siglo XIX, se han ido acreditando en la técnica revolucionaria los movimientos de actuación de los ciudadanos introducidos en la vida social, que se apoyan a los elementos encuadrados militarmente [...] Hoy la táctica aconseja introducirse en los mismos órganos del Estado, y desde ellos, utilizando los mismos resortes, combatir a los gobiernos que se trata de derribar»<sup>39</sup>. Inspirado claramente por la *Técnica del golpe de Estado* de Malaparte, Fal defendía para la Comunión una táctica claramente rupturista que entreveía la posibilidad de una acción insurreccional propia a medio plazo y, para ello, intensificó tanto sus contactos en el Ejército como el sentido militante de la organización, comenzando por su sector juvenil. El 22 de mayo de 1934 centralizó las actividades políticas esenciales, hasta entonces desarrolladas sin excesivo concierto por las jefaturas regionales, provinciales y locales, en delegaciones especiales específicas como las de Propaganda, Prensa y Juventudes. El «nuevo estilo» de Fal, antialfonsino, antiparlamentarista y movilizador, le reportó acusaciones de «fascistización» por parte de algunos viejos jaimistas nostálgicos de la placentera y anárquica autonomía de los tiempos de Villores y Rodezno. Tales reproches tenían bastante de gratuitos. La tónica cada vez más beligerante de la polémica fascismo/antifascismo imponía a todos los grupos extremistas, tanto de izquierda como de derecha, la transformación de su organización en un instrumento eficaz de combate callejero. Se trataba ahora de crear un partido de masas moderno y disciplinado, un partido «movimentista», o partido milicia, que proporcionase apoyo popular a los sectores provenientes del *establishment* conservador para «cerrar el paso a la revolución», pero también para poner coto al avance del fascismo en las propias filas:

«El plan es organizar en unos meses en España el requeté como preservación contra las milicias de tipo pagano como el fascismo, y a la par como preparación para el día que fuere necesario que como dice muy bien V.M. debe ser aquél de una revuelta extrema que ponga a la Patria en un mal tran-

---

<sup>39</sup> Manuel Fal Conde, «Informe sobre la situación política española en relación a la necesidad de reorganización de la Comunión tradicionalista» (16 de abril de 1934), en AGUN/MFC, leg. 133/164.

ce. Creo que nuestro deber es prepararnos sin descansar y cuando la ocasión llegue sería posible lo que sin preparación no lo sería y además porque venir ocasión de un acto militar en el que hagamos saber nuestra preparación y obliguemos a la entrega del poder»<sup>40</sup>.

La respuesta al reto fascista con sus mismas armas movilizadoras es un asunto omnipresente en la documentación carlista de la época. No hubo fascistización, sino que se pensó que la movilización armada era el mejor antídoto para una deriva fascista de las juventudes. El carlismo era un movimiento contrarrevolucionario tradicional, confesional y dinástico que propugnaba el retorno a valores políticos preliberales y a estructuras socioeconómicas precapitalistas y arcaizantes, a pesar del *aggiornamento* de sus teorías corporativas, su adecuación al marco católico-social impuesto por las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* y la defensa inequívoca del orden y la propiedad capitalistas llevada a cabo en la práctica por sus representantes parlamentarios.

En agosto de 1935, Fal Conde anunció la culminación de la primera fase de consolidación organizativa del carlismo y optó por perfeccionar el Requeté mientras esperaba la inevitable convocatoria electoral. El 3 de noviembre, la Junta Provincial Carlista de Barcelona celebró un importante *aplec* en Montserrat con asistencia de un fuerte contingente de requetés a los que el delegado nacional del Requeté José Luis Zamanillo arengó de esta manera: «La hora del sacrificio está próxima. ¡Requetés, estad dispuestos a todo; pero sobre todo a dos cosas: a luchar, a luchar, y a vencer, a vencer, a vencer!». Fal Conde les pasó revista tras afirmar en su discurso que, «si la Revolución quiere llevarnos a la guerra, habrá guerra», y pedir públicamente al Requeté que marchase junto al Ejército para impedir una revolución que creía inminente<sup>41</sup>. El 22 de noviembre, en una reu-

---

<sup>40</sup> Fal Conde a Alfonso Carlos (Monte Gordo, Algarve, 16 de julio de 1934), en AGUN/MFC, leg. 133/006. Fal Conde admitió que el fascismo había recogido una parte de la militancia carlista: «Contra el peligro fascista no cabe otro remedio que el Requeté de fuerte dinamismo e intensa actuación de violencia siempre que la autorice la conciencia» («Comunión tradicionalista. Delegación Regia de Andalucía Oriental. Informe de Situación. Granada, Día del Rey de 1934», en AGUN/MFC, leg. 133/164).

<sup>41</sup> «50.000 tradicionalistas en Montserrat», *El Siglo Futuro*, 4 de noviembre de 1935, pp. 7-11.

nión en San Sebastián, Zamanillo advirtió: «¡Yo no vengo a pronunciar palabras de paz [...] sino gritos de guerra y de lucha!»<sup>42</sup>. La actitud beligerante del carlismo resultaba difícil de negar, aunque dejaba un razonable margen de incertidumbre respecto a la realización de un movimiento insurreccional en solitario o en colaboración con otros grupos.

El talante insurreccional del movimiento legitimista y la guerra civil eran mitos que se mantuvieron con enorme fuerza entre los carlistas de base durante los años treinta. Nunca se destacará lo bastante el papel jugado por la familia y los círculos tradicionalistas en la socialización de este talante violentamente insurreccional: en el ámbito doméstico se rememoraban los viejos mitos de las guerras del XIX (su particular «experiencia de guerra» bajo formas narrativas contadas de generación en generación en las largas veladas familiares invernales), mientras que los círculos tradicionalistas fueron adoptando una inconfundible fisonomía paramilitar, transformándose en academias de instrucción y cuarteles<sup>43</sup>. Los mitos del carlismo y las conmemoraciones mantuvieron un marcado tono belicista. No sólo se exaltaban los héroes y los hechos de armas de las pasadas guerras que realzaban la intemporalidad de la lucha, sino que se elaboraban, divulgaban y celebraban frases e imágenes simbólicas de la continuidad biológica y espiritual de la rebeldía, como el lema «sangre de mártires, semilla de carlistas» del publicista Manuel Polo y Peyrolón o la popular iconografía de las tres generaciones combatientes. También se celebraban fiestas de marcado tono necrológico y autocompasivo como la de los mártires de la Tradición (un rito que la Comunión celebraba cada 10 de marzo desde 1896), o se organizaban *aplects* y otras concentraciones políticas donde resultaba cada vez más frecuente ver a afiliados bajo encuadramiento paramilitar.

Ninguna otra fuerza política contrarrevolucionaria llegó tan lejos en su proceso de paramilitarización durante la República y ninguna resultó tan decisiva por su contribución al desenlace final de la Guerra Civil. La movilización improvisada y festiva del 18 de julio de 1936, una leva centrada en «imponer la unidad del pueblo bajo el orden católico», condujo a la invención de la «guerra santa» como

---

<sup>42</sup> *El Siglo Futuro*, 23 de diciembre de 1935, p. 3.

<sup>43</sup> El ambiente castrense en los círculos, en LIZARZA IRIBARREN, A.: *Memorias de la conspiración (1931-1936)*, Madrid, Dyrsa, 1986, p. 58.

«rebelión de las provincias» contra un Madrid dirigido por una elite europeizante liberal modernista ajena al casticismo<sup>44</sup>. Fue la marcha hacia Madrid de aquel verano lo que dio coherencia a un conflicto que hasta entonces, como la violencia durante la República, había estado marcado por el localismo.

### **La razón y la fuerza: la movilización «cívica» de la juventud cedista**

El cedismo nos proporciona un aleccionador ejemplo de la tensión planteada entre una subcultura juvenil radicalizada y una estrategia partidista basada en la conquista gradual del poder por vía legal. La falta de una tradición activista del catolicismo español en el contexto de la política de masas impuso la experimentación de varios modelos de movilización. En un principio se optó por el modelo laxo de la organización de defensa social, en la que Acción Nacional, surgida el 26 de abril de 1931 como un embrión de partido confesional y de plataforma electoral, asumió el cometido de vertebrar un heterogéneo universo de organizaciones católicas (sindicatos, cofradías religiosas, entidades culturales, grupos estudiantiles, círculos recreativos, asociaciones confesionales, etcétera) y de cuadros políticos de los viejos partidos monárquicos (mauristas y alfonsinos conservadores), del catolicismo social (la ACNP), del upetismo e incluso del carlismo con el objeto de avanzar en la deseada «unión de las derechas». El accidentalismo y la exclusión de la violencia reactiva fueron la mejor plataforma para atraer hacia esa heterogénea coalición a los conservadores descontentos o recelosos con la República<sup>45</sup>.

La defensa de la religión movilizó y politizó a la clientela potencial de AN, que quedó fijada como «comunidad emocional» gracias a su adscripción a una identidad tan arraigada como era el catolicismo. Como recuerda Gil Robles, la campaña revisionista iniciada en el verano-otoño de 1931 y basada en la convocatoria de grandes concentraciones, tenía como metas: «Primera: exteriorizar vigorosamente la protesta contra la política sectaria. Segunda: dar a las derechas, por medio de grandes concentraciones de masas, la conciencia perdi-

<sup>44</sup> UGARTE, J.: *La nueva Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 339-343.

<sup>45</sup> ARRANZ, L.: «Modelos de partido», en JULIÁ, S. (ed.): *Política en la Segunda República*, Ayer, 20 (1995), pp. 81-110.

da de su propia fuerza. Tercera: acostumbrarlas a enfrentarse con la violencia izquierdista y a luchar cuanto fuera necesario por la posesión de la calle. Cuarta: difundir un ideario y hacer prosélitos mediante la exposición de la doctrina». En esos meses, Gil Robles, espoleó a sus oyentes para defender sus derechos en la calle en actos de «legítima defensa». El problema es que, como él mismo recordaría en sus años de ostracismo, con esta mística del combate excluyente, que la política católica estimuló instituyendo una división fundamental de la sociedad española entre creyentes agredidos y no creyentes agresores, la cuestión religiosa se convirtió en «bandera de combate, agudizando hasta el paroxismo el choque de las dos Españas»<sup>46</sup>.

Fracasada la alternativa militar clásica en agosto de 1932, Acción Popular, nuevo nombre de Acción Nacional a partir de abril de ese año, pareció inclinarse por la táctica gradualista para la consecución de un régimen autoritario, pero resulta significativa su creciente simpatía por los movimientos de carácter más radical: *El Debate* cantó las glorias de un fascismo que había liberado a Italia del parlamentarismo y que «al destruir el socialismo ha sentado las bases para una organización jurídica de las relaciones entre capital y trabajo»<sup>47</sup>. Con la creación de la CEDA a inicios de 1933, el modelo agregativo de la inicial Acción Nacional dejó paso a una estructura política más centralizada y de rasgos no democráticos, vertebrada por el «carisma de situación» de Gil Robles. Por ese entonces, la Juventud de Acción Popular (JAP) se vio sumida en un proceso de radicalización retórica y simbólica que puede resumirse imperfectamente en actitudes de creciente fascistización. Los líderes cedistas, que rechazaban una parte de la doctrina fascista, mantuvieron su ambigüedad con respecto a su estrategia de confrontación e hicieron poco por combatir las tendencias fascizantes de sus masas juveniles. Resulta muy ilustrativa de la actitud insumisa que éstas manifestaban la reseña que *El Debate* hizo de la conferencia sobre «Legalidad y violencia» pronunciada por Gil Robles en Barcelona el 21 de marzo de 1933, es decir, en plena polémica nacional tras la aparición de *El Fascio*: al negar la posibilidad de un fascismo español dirigido por «señoritos», rechazar la solución de los problemas políticos por la violencia y pedir respeto al poder constituido dentro de la táctica propugnada por su partido, el público se

<sup>46</sup> GIL ROBLES, J. M.: *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, pp. 54 y 64.

<sup>47</sup> *El Debate*, 28 de octubre de 1932, p. 4.

mostró decepcionado y, a la salida, se oyeron «en medio de los aplausos, algunos siseos, y un grupo, en señal de protesta, le saludó al estilo fascista, mientras otros espectadores daban vivas al tradicionalismo»<sup>48</sup>. El propio Gil Robles no se pudo sustraer a este ambiente cuando, tras asistir en septiembre de 1933 al Congreso nazi de Nuremberg, corroboró sus reservas como católico a un movimiento panteísta y violento, aunque «otra cosa es la violencia para rechazar la agresión en legítima defensa, que no sólo admito y proclamo, sino que he sido el primero en practicar»<sup>49</sup>. Pero durante la campaña electoral no dejó de alabar a los regímenes fascistas con cuyo antimarxismo y talante antidemocrático parecía coincidir plenamente:

«Tenemos que dar a España una verdadera unidad, un nuevo espíritu, una política totalitaria. Para mí sólo existe una táctica hoy: formar un frente antimarxista y cuanto más amplio mejor. Ahora es necesario derrotar al socialismo inexorablemente [...] Debemos fundar un nuevo Estado y eso impone deberes y sacrificios. ¡Qué importa si tenemos que derramar sangre...! Necesitamos todo el poder y es lo que pedimos [...] Para cumplir ese ideal no vamos a perder el tiempo con formas arcaicas. La democracia no es un fin, sino un medio para la conquista del nuevo Estado. Cuando llegue el momento, o el Parlamento se somete o lo hacemos desaparecer. La Democracia no es para nosotros un fin sino un medio para ir a la conquista del Estado nuevo. Vamos a liquidar la revolución [...] Hemos aguantado durante dos años, y llegó ya el momento de que no cedamos ni un paso más. Si quieren la ley, la ley; si quieren la violencia, la violencia»<sup>50</sup>.

Tras la victoria electoral, Gil Robles, en calidad de nuevo presidente de la Junta Central del Tiro Nacional de España (una entidad privada destinada a la educación ciudadana en armas de guerra), trató de politizarla y convertirla en una especie de Somatén hasta que el

---

<sup>48</sup> *El Debate*, 22 de marzo de 1933, p. 2.

<sup>49</sup> GIL ROBLES, J. M.: «Antidemocracia», *La Gaceta Regional*, 8 de septiembre de 1933. Declaraciones recogidas en «En España es difícil que arraigue el fascismo», *El Debate*, 15 de septiembre de 1933, pp. 3-4. A ese respecto, el líder japista José M.<sup>a</sup> Pérez Laborda dijo en un mitin en el cine de la Ópera de Madrid que las JAP no eran fascistas porque «no aceptan la violencia como sistema» (*Informaciones*, 22 de enero de 1934).

<sup>50</sup> Discurso en el Monumental Cinema de Madrid (15 de octubre de 1933), en «Gil Robles habla de la posición de las derechas», *El Debate*, 17 de octubre de 1933, p. 1.

Gobierno retiró su subvención y el derecho de sus socios a portar armas a inicios de 1934<sup>51</sup>. Estaba claro que la CEDA no tenía intención de reclutar un ejército de «soldados políticos» a imagen de los fascismos sino de movilizar a los «buenos ciudadanos» en una reedición del movimiento de «uniones cívicas» que había proliferado entre los sectores conservadores europeos en los primeros años de la posguerra<sup>52</sup>. En esa misma línea, la JAP se postuló como una organización de defensa frente a la amenaza revolucionaria y como entidad capaz de satisfacer las ansias de movilización de la juventud antirrepublicana a través de sus manifestaciones de radicalismo verbal y su parafernalia mimética (uniforme, himnos, saludo, gritos, actos multitudinarios, distintivos, secciones de defensa, etc.); veleidades fascizantes que Gil Robles se encargaba de satisfacer con grandes dosis de violencia retórica mientras que, en su proyecto de acceso al poder, apenas contaba con la Juventud, ya fuera como movimiento de renovación ideológica o como fuerza de choque política. Este juego de contrapesos en la relación líder-juventudes supuso uno de los mayores obstáculos en el avance de la JAP hacia un verdadero proceso de fascistización que, en opinión de los líderes cedistas, entraría tarde o temprano en conflicto con sus propios intereses. A medida que la JAP inició una etapa de más amplio desarrollo en los prolegómenos del acceso de la CEDA al poder, la dirección del partido despreció su potencialidad como milicia política y realzó su carácter de «ejército ciudadano», tal como se quiso plantear en la concentración de El Escorial de 22 de abril de 1934, en la que Gil Robles trató de calmar los ánimos de la opinión asegurando que el mitin no tendría «nada que semeje cosa marcial». El acto japista de El Escorial supuso un nuevo aldabonazo en la conciencia del antifascismo español, cada vez más decidido a combatir lo que percibía como una clara amenaza fascista, sobre todo tras los sangrientos sucesos de París y Viena del mes de febrero. Si para comunistas y socialistas la JAP era «lo más peli-

<sup>51</sup> «El Tiro Nacional y su presidente», *Heraldo de Madrid*, 13 de enero de 1934, p. 1; «El Tiro Nacional de España», *Heraldo de Madrid*, 17 de enero de 1934, p. 10; y telegrama de la Embajada italiana en Madrid (19 de enero de 1934), en Archivo Storico del Ministero degli Affari Esteri (Roma), Affari Politici, 1931-1945, Spagna, caja 6.

<sup>52</sup> Sobre el fenómeno de las «uniones cívicas» y su eco en España, véase GONZÁLEZ CALLEJA, E., y REY REGUILLO, F. del: *La defensa armada contra la revolución*, Madrid, CSIC, 1995.

groso del fascismo español», para Falange estos «fascistas descafeinados» suponían el peligro más serio a su desarrollo, de forma que las más duras invectivas de su prensa se dirigieron en los meses siguientes contra la táctica cedista y la parcial fascistización de la Juventud. Lo cierto es que la inmensa mayoría de las juventudes de la derecha optó por la militancia pseudofascista en un partido cuya táctica gradualista parecía ofrecer a mediados de 1934 los primeros resultados. También es cierto que la fascistización de la CEDA, cifrada en el escaso valor dado a la democracia, al sufragio universal y al parlamentarismo, aumentó a medida que se iba haciendo patente la imposible recuperación de Falange<sup>53</sup>.

La transformación del sector más activista de partido en una «guardia cívica», encargada de «reunir a todos los ciudadanos de buena fe» para desempeñar servicios públicos en caso de huelga general, era una estrategia antirrevolucionaria de carácter marcadamente conservador que se puso en práctica en octubre de 1934. Pero por aquel entonces, los boletines de la JAP comenzaban a relegar los llamamientos a una defensa «cívica» que ya parecía innecesaria y alentaban a la CEDA para que cubriese con la mayor celeridad las etapas hacia el establecimiento de un Estado autoritario con el apoyo del Ejército. Así se entienden las reiteradas manifestaciones militaristas de Gil Robles y de toda la prensa accidentalista, y sus referencias a la necesidad de una revisión constitucional en sentido antiparlamentario y corporativo, similar a la propiciada por Dollfuss en Austria.

Desde octubre de 1934 y durante todo el año 1935, la JAP se fue apartando de los usos democráticos e influyó crecientemente con su actitud sobre el resto del partido. No es, como dijo el tradicionalista agustino padre Vélez, que la fascistización se debiera a la amenaza —mínima desde todo punto de vista— de Falange o la Comunión Tradicionalista, sino que se produjo precisamente en el momento de máximo esplendor de la CEDA y de la táctica gradualista propugnada por Gil Robles y su grupo<sup>54</sup>. Las juventudes cedistas estaban estrechamente unidas por vínculos de rivalidad y camaradería con las primeras organizaciones fascistas españolas y los grupos reaccionarios.

---

<sup>53</sup> CHUECA, R. L., y MONTERO, J. R.: «El fascismo en España: elementos para una interpretación», *Historia Contemporánea*, 8 (1992), p. 233.

<sup>54</sup> VÉLEZ, M.: *La revolución y la contrarrevolución mundial en España. El fracaso de una táctica y el comienzo de la restauración*, Madrid, El Siglo Futuro, 1936.

Los conflictos entre la JAP y Falange no sólo eran motivados por su actuación sobre idénticas masas sociales sino también por el litigio ideológico-político suscitado entre dos organizaciones en diferentes estadios de fascistización: Gil Robles proponía un Estado autoritario tradicional modulado por el corporativismo social-católico frente al Estado nacionalsindicalista totalitario de corporativismo político postulado por el partido de Primo de Rivera.

Tras la llegada de Gil Robles a la cartera de Guerra el 6 de mayo de 1935, los excesos retóricos de la JAP se mitigaron. Resulta paradójico constatar que la segunda mitad de ese año fue el periodo de máxima movilización de la JAP en concentraciones que, presididas por Gil Robles, actuaban como válvula de escape a sus afanes radicalizadores, pero también como caja de resonancia de la peculiar postura política de la CEDA, que renunció a dar un golpe de Estado o a propiciarlo y optó por manipular desde dentro el sistema político mediante un proceso de reforma constitucional que contaría con el auxilio de un Ejército volcado contra el «enemigo interior». Su estrategia política se inspiró en los antecedentes de «vaciado» legal del régimen democrático a través del «blindaje» del poder ejecutivo ya existentes en Europa. Al igual que había ocurrido en Portugal y Polonia en 1926 o en Austria en 1933-1934, su táctica se cifraba en la toma parlamentaria del poder y en la puesta en marcha de un proceso de transformación autoritaria, antiparlamentaria y corporativa del régimen republicano con el apoyo decisivo de las Fuerzas Armadas; es decir, una toma del poder inspirada más en la *Machtergreifung* hitleriana de 1933-1934 que en un modelo subversivo de masas del tipo de la Marcha sobre Roma.

El paulatino agotamiento de esta «táctica» no supuso un fortalecimiento del papel de la JAP en el seno del movimiento, sino el comienzo de su propia decadencia, lo que es una significativa confirmación de su naturaleza fundamentalmente conservadora y una constatación de los verdaderos límites de su verbalismo violento. Aunque la JAP pidió sin más dilaciones «el aplastamiento de la revolución y la conquista de todo el poder», incitó a «aplastar al marxismo, la masonería y el separatismo para que España prosiga su ruta imperial»<sup>55</sup> y prometió que «después del triunfo aniquilaremos de cuajo a la revolución y a sus cómplices»<sup>56</sup>, Gil Robles nunca alimen-

---

<sup>55</sup> JAP, 52 (8 de febrero de 1936), p. 1.

<sup>56</sup> JAP, 40 (9 de noviembre de 1935), pp. 1-3.

tó planes de insurrección sobre la base de sus masas juveniles ya que, salvo actos esporádicos de violencia, la JAP nunca pudo considerarse propiamente como una milicia, sino que sus actividades se redujeron a la propaganda y a la organización de actos públicos. El recurso a la fuerza que prefería el líder cedista se centraba en el resorte clásico del conservadurismo oligárquico: el Ejército como defensor del orden establecido.

### **El Ejército como columna vertebral de la Patria: el *appel au soldat* del alfonsismo**

La trayectoria del alfonsismo durante la República fue una alternancia de éxitos y de fracasos. Tras los tumultos de 10-11 de mayo de 1931 que llevaron a la clausura del Círculo Monárquico Independiente de Madrid, a la destrucción de conspicuos centros de sociabilidad conservadora y a la desaparición de los grupúsculos monárquicos que habían proliferado tras la Dictadura, los partidarios del rey destronado vieron a las claras que el nuevo régimen no iba a comportarse como la benevolente «República ducal» de 1874. Urgía un «apiñamiento defensivo» sin connotación política, como el ensayado durante el Sexenio, pero los alfonsinos siempre tuvieron un concepto puramente instrumental de la organización política, refugio necesario mientras se ponía a punto la estrategia que había propiciado realmente la Restauración: la intervención militar. Esta visión subordinada de la acción política legal impulsó la adopción de un modelo de partido de cuadros con un marcado talante elitista. La virtual carencia de una cultura política militante (salvo la atesorada por los otrora «jóvenes mauristas» y la manifestada puntualmente por *dandies* de la joven generación, a mitad de camino entre el decadentismo y el dinamismo futurista, como los hermanos Ansaldo o Miralles) trató de ser paliada a través de dos medios: el fomento del militarismo y la difusión de un completo ideario de la contrarrevolución.

El alfonsismo perdió pronto su inicial carácter liberal y derivó desde un moderantismo antirrevolucionario restauracionista, constitucionalista y legalista hasta un autoritarismo contrarrevolucionario e instauracionista. En realidad, Renovación Española contó con dos facciones perfectamente diferenciadas: una conservadora autoritaria

de raíz maurista y veleidades tradicionalistas, liderada por Goicoechea y sostenida por buena parte de la plana mayor del partido que mantenía las aspiraciones de vuelta al trono de Alfonso XIII, y otra más vinculada a las corrientes totalitaristas y de extrema derecha europea, que defendía la idea de una instauración monárquica en la persona de don Juan de Borbón, que fungiría como cabeza de un régimen dictatorial a mitad de camino entre el cristianismo corporativo austriaco o portugués y el estatismo fascista germanoitaliano pero con una monarquía «de nueva planta» y de «mando único». Esta alternativa «neotradicionalista», con diversas gradaciones de radicalismo programático, fue aglutinada desde fines de 1934 por José Calvo Sotelo (que desde el año anterior había experimentado una significativa «inflexión maurrasiana» hacia la extrema derecha antiliberal y antiparlamentaria), quien transformaría el proyecto de Bloque Nacional en una entidad cada vez más autónoma del partido alfonsino y más interesada en el pacto dinástico con el sector minoritario del tradicionalismo representado por Rodezno.

Fueron los intelectuales vinculados a *Acción Española* los que encabezaron los intentos de revitalización política e ideológica del monarquismo militante en sus diversas tendencias, elaborando un completo *corpus* doctrinal encaminado a la rebeldía contra la República, pero actuando también como un auténtico núcleo conspirativo (la cita de Nehemías, 4, 11, «*una sua mano faciebat opus et altera tenebat gladium*» se transformó en el significativo lema de la entidad), que no actuó como elite orientadora de una dictadura militar, sino más bien como creadora del ambiente intelectual propicio para una dictadura provisional de esa naturaleza. Se trataba de armonizar la inteligencia con la fuerza militar: «Habíamos cultivado las espadas, y por eso el día de la crisis de las espadas se encontraron con que no sabían a dónde dirigirse. Habíamos olvidado el alma que había de dirigir las espadas. Por eso fundamos *Acción Española*»<sup>57</sup>. Pero mientras algunos colaboradores, como Pedro Sáinz Rodríguez, desconfiaban de la eficacia de esta estrategia pedagógica sobre una minoría dirigente y postulaban un golpe militar fulminante, Eugenio Vegas opinaba que pretender un cambio por medio de un golpe o de elecciones resultaba una utopía antes de que los hombres se hubiesen convencido de la necesidad de esta acción,

---

<sup>57</sup> *Acción Española*, 46 (1 de febrero de 1934), p. 1021.

que siempre debía ser el complemento de una sólida doctrina contrarrevolucionaria<sup>58</sup>.

Las ideologías justificativas de la violencia en *Acción Española* estuvieron en consonancia con el conservadurismo del proyecto teológico-político defendido: nada de una exaltación de las virtualidades creadoras de la violencia como la impulsada por Sorel o Mussolini. Lo que primó fue la reactualización de las añejas doctrinas tomistas de resistencia a la tiranía heredadas del Siglo de Oro y del *Grand Siècle* francés. Es decir, una justificación de la violencia basada en el iusnaturalismo del derecho público cristiano que, como hemos visto, había sido desempolvada a inicios de la República en los pagos del integrista<sup>59</sup>. Esta doctrina, creada para dotar de cobertura legal a la eventual actitud de rebeldía de los católicos o a un golpe de Estado militar, se transformó durante la guerra y la posguerra en instrumento de legitimación del Nuevo Estado, en trayectoria paralela a los esfuerzos por restar legalidad al régimen republicano. Esta actitud intelectual de freno a la revolución se tradujo en los trabajos de Ramiro de Maeztu o José Calvo Sotelo en francos llamamientos militaristas a la irrupción pretoriana en la vida pública. Maeztu postuló la intervención militar como último recurso contra la «subversión de valores políticos y morales» que afectaba al conjunto de la sociedad española. Siguiendo la doctrina maurrasiana, la contrarrevolución sería, antes que un acto de fuerza, un proceso pedagógico de largo alcance que precisaba de

---

<sup>58</sup> VEGAS LATAPIÉ, E.: «Doctrina y Acción», editorial de *Acción Española*, 29 (16 de mayo de 1933), p. 449.

<sup>59</sup> La obra de referencia de esta línea teórica fue el ensayo de CASTRO ALBARRÁN, A. de: *El derecho a la Rebeldía*, Madrid, Gráfica Universal, 1934. Una relación orientativa de los artículos aparecidos en *Acción Española*: LEÓN MURCIEGO, P.: «El deber de la resistencia. El hecho no crea derecho», *Acción Española*, 33 (15 de julio de 1933), pp. 240-243; SOLANA, M.: «La resistencia a la tiranía, según la doctrina de los tratadistas del Siglo de Oro Español», *Acción Española*, 34 (1 de agosto de 1933), pp. 352-371; 35 (16 de agosto de 1933), pp. 442-461; 36 (1 de septiembre de 1933), pp. 580-590, y 37 (16 de septiembre de 1933), pp. 1-8; y «¿Quiénes pueden ser tiranos en los modernos regímenes democráticos y constitucionales?», *Acción Española*, 47 (16 de febrero de 1934), pp. 1105-1107; y CASTRO ALBARRÁN, A. de: «La sumisión al poder ilegítimo», *Acción Española*, 39 (16 de octubre de 1933), pp. 205-228). Otro fruto, indirecto y muy peculiar, de esta doctrina de resistencia a la tiranía fue el conjunto de conferencias celebradas hacia abril de 1933 en el seno de la Juventud Monárquica de Bilbao y publicados con el sugestivo título de *Aspectos del golpe de Estado. Ponencias en el Círculo de Estudios de la Juventud Monárquica de Bilbao*, Bilbao, Publicaciones Jerarquía, 1933.

planes constructivos y de la aquiescencia del Estado y de determinadas fuerzas conservadoras contrarrevolucionarias, como la Iglesia, el capitalismo, la aristocracia terrateniente, los profesionales liberales y, naturalmente, el Ejército<sup>60</sup>. Apostaba preferentemente por un régimen autoritario de tipo transitorio («Monarquía Militar») donde el orden público fuera el supremo bien político y durante el cual los grupos sociales dominantes recuperarían la hegemonía ideológica necesaria para el establecimiento de una Monarquía tradicional, cristiana y corporativa como régimen de permanencia salvaguardado por el Ejército, que mantendría siempre su papel de principal fuerza contrarrevolucionaria<sup>61</sup>.

Las expectativas de Calvo Sotelo se cifraban en movilizar a los diferentes grupos de la extrema derecha en un frente común de carácter fascista. Según declaraciones que realizó a *La Nación* a mediados de 1933, el fascismo era un fenómeno contrarrevolucionario al que no se podía ser ajeno desde una sensibilidad de derecha: «No han triunfado las derechas en otras partes por hacerse fascistas. Al contrario, han triunfado los fascismos por ser de derechas. Conviene no olvidarlo»<sup>62</sup>. Esta pretensión de radicalizar los postulados conservadores de la derecha tradicional a través del activismo y la unidad de acción le condujo a fines de 1934 a la elaboración del proyecto de Bloque Nacional como plataforma de convergencia de las derechas en torno a un régimen autoritario, unitario y estatista no explícitamente monárquico, capaz de imponer incluso por la fuerza la paz en aras de un supuesto «concepto unitario del interés nacional». Como Maeztu, Calvo Sotelo concebía el Ejército como mero ejecutor de un proceso instauracionista inspirado en la reciente experiencia griega, en el que tras la sustitución de la democracia republicana por una dictadura provisional ejercida por un personaje monárquico se abordase una profunda reforma de la representación política en sentido restrictivo y se llegase por vía referendaria a una Monarquía neotradicionalista con tintes corporativos y autoritarios. El 6 de noviembre de 1934 expuso por primera vez en público su idea del Ejército como «columna vertebral de la nación», contrapuesta a la tesis gilro-

<sup>60</sup> MAEZTU, R. de: «La revolución», *ABC*, 1 de enero de 1935, pp. 48-49.

<sup>61</sup> MAEZTU, R. de: «Mal y remedio» y «La Dictadura», *ABC*, 30 de marzo de 1934, p. 3, y 8 de junio de 1934, p. 3, respectivamente.

<sup>62</sup> Citado en BULLÓN, A.: *José Calvo Sotelo*, Barcelona, Ariel, 2004, p. 383.

blista que le asignaba el papel de «brazo ejecutor» de una política gubernamental de cariz nacionalista y antirrevolucionario<sup>63</sup>.

Al igual que el carlismo, el alfonsismo trató de apuntalar su proyecto insurreccional preferentemente castrense a través de la instrumentalización de los grupos paramilitares creados por otras formaciones políticas. De ahí se desplegaba la búsqueda insistente de un pacto estable con el tradicionalismo, el temporal control del aparato paramilitar de Falange entre agosto de 1933 y noviembre de 1934, la creación frustrada de una juventud y unas milicias no siempre concordantes (las minoritarias Juventudes de RE creadas en abril de 1933 y las no menos raquílicas Guerrillas de España, organizadas a inicios de 1935 sobre la base juvenil del Bloque Nacional)<sup>64</sup>, y el apoyo económico y la impregnación ideológica de la Unión Militar Española (UME). En un discurso pronunciado el 12 de enero de 1936, el líder «bloquista» expuso su teoría más acabada del papel político a jugar por las Fuerzas Armadas, justificando el levantamiento del Ejército como «la nación en armas» contra un gobierno antipatriótico:

«Se predica por algunos la obediencia a la legalidad republicana. La obediencia es la contrapartida de la legalidad. Y cuando la legalidad falta, en deservicio de la Patria, la obediencia está de más. Si aquélla falta al más alto nivel, no solo la obediencia está de más, sino que incluso la desobediencia se impone conforme a nuestra filosofía católica, desde Santo Tomás al padre Mariana. No faltará quien sorprenda en estas palabras una invocación indirecta a la fuerza. Pues bien. Sí, la hay [...] Para que la sociedad realice una defensa eficaz necesita apelar también a la violencia. ¿A cual? A la orgánica; a la fuerza militar, puesta al servicio del estado [...] Dirán que hablo en pretoriano. Tampoco me importa [...] Hoy el Ejército es base de sustentación de la Patria, ha subido de la categoría de brazo ejecutor, sordo y mudo, a la de columna vertebral, sin la cual no se concibe la vida [...] Cuando las hordas rojas del comunismo avanzan, sólo se concibe un freno: la fuerza del Ejérci-

---

<sup>63</sup> *Diario de Sesiones de las Cortes de la República*, 6 de noviembre de 1934, citado en PAYNE, S. G.: *Ejército y sociedad en la España liberal (1808-1936)*, Madrid, Akal, 1977, p. 424.

<sup>64</sup> *Solidaridad Obrera*, 19 de enero de 1935. Sobre esta peculiar milicia, véase también ANSALDO, J. A.: *¿Para qué...?*, Buenos Aires, Ekin, 1951, pp. 95-105. En el Congreso de Juventudes de RE convocado a finales de junio de 1935, éstas reafirmaron su ideario conservador autoritario expuesto en la I Asamblea de diciembre de 1934 por contraposición al totalitarismo fascizante del Bloque Nacional (*ABC*, 29 de junio de 1935).

to y la transfusión de las virtudes militares —obediencia, disciplina y jerarquía— a la sociedad misma, para que ellas descasten los fermentos malsanos. Por eso invoco al Ejército y pido patriotismo al impulsarlo»<sup>65</sup>.

*Acción Española* recibió el resultado electoral con un llamamiento a la rebelión armada: «La Verdad puede y debe imponerse por la fuerza: forma de proselitismo y deber de amor que obliga para con la nación a las clases directoras»<sup>66</sup>. El alfonsismo no llevó la iniciativa en la conspiración y la insurrección de 1936, pero otorgó cobertura teórica involuntaria a la institucionalización del caudillaje y de un régimen militar duradero, cuya impregnación de los valores del monarquismo autoritario seguía siendo, a pesar de todo, muy limitada. Ello no fue óbice para que, en 1937, José Pemartín proclamase satisfecho que el militarismo campante en la zona rebelde era, en buena parte, resultado de la meticulosa labor de impregnación cultural realizada por los colaboradores de *Acción Española*: «Como inmediata consecuencia de ese culto al heroísmo profesamos siempre los escritores de *Acción Española* un militarismo decidido, porque vimos siempre en el Ejército lo que ha mostrado ahora ser: lo más sano, lo más genuinamente español»<sup>67</sup>.

### **Conclusión: los límites de la fascistización de la derecha española durante la II República**

En la primavera de 1936 muchos responsables políticos percibieron la aparición de un fascismo en proceso constituyente, aún no asentado en ningún partido pero compartido por sectores no desdeñables de la clase media española atemorizada por el deterioro del orden público, que como reacción al desorden se volcaban intuitivamente en impulsar y participar de una solución autoritaria<sup>68</sup>. Así lo señalaron Gil Robles y Calvo Sotelo en el Parlamento, Prieto en su discurso de Cuenca el 1 de mayo y Miguel Maura en sus artículos de

---

<sup>65</sup> «Homenaje a las minorías monárquicas», *La Nación*, 14 de enero de 1936, pp. 4-5.

<sup>66</sup> «El único camino», *Acción Española*, 84 (febrero de 1936), p. 1.

<sup>67</sup> PEMARTÍN SANJUAN, J.: «España como pensamiento», *Acción Española*, 89 (marzo de 1937), pp. 368-374.

<sup>68</sup> GALLEGO, F.: *Barcelona, mayo de 1937*, Barcelona, Debate, 2007, p. 144.

*El Sol* reclamando una dictadura republicana<sup>69</sup>. Los contornos difusos de esta movilización contrarrevolucionaria corroboran la ambigüedad e insuficiencia del término «fascistización» para explicar el proceso de incorporación de la política de masas en la España de los años treinta, que impuso una absoluta renovación de los modos de actuación de las diversas corrientes de la derecha. Más que la fascistización en sentido estricto, la opción escogida por la mayor parte de los grupos fue la radicalización, entendida como una actualización de las ideologías y de los repertorios de acción colectiva en el sentido de una mayor intransigencia respecto del régimen liberal-democrático. La radicalización de las derechas se puso de manifiesto en aspectos como la adopción de estructuras organizativas disciplinadas, jerarquizadas y con vocación totalizante; unas formas de liderazgo «fuerte» legitimado por el carisma o el desarrollo de ideologías catastrofistas, excluyentes y rupturistas. Pero se percibió sobre todo en la adopción de unas estrategias de movilización de carácter marcadamente agresivo, que agudizaron la tensión entre moderados y radicales en la práctica totalidad de los grupos de derecha. En ese sentido, la equivalencia radicalización = fascistización, tan cultivada por la publicística izquierdista de la época, se justifica en la medida en que describe sobre todo una táctica de lucha política, una adopción de rasgos externos (parafernalia y estructura castrenses, culto al jefe, fórmulas, consignas y eslóganes pseudorrevolucionarios...) y una cierta mimesis de los elementos privativos de la ideología fascista (nacionalismo extremo con un objetivo de movilización de masas, Estado autoritario o totalitario, imperialismo activo, cultura o filosofía antimaterialista, antiliberalismo, anticomunismo, anticonservadurismo, etcétera), cuya incorporación al acervo teórico de los grupos de derecha no significa que predominaran en el subconjunto doctrinal propio de cada colectivo afectado. La «fascistización» nació del convencimiento de que el fascismo era un movimiento moderno y agresivo, adaptado a los nuevos usos de la política de masas y a la entidad

---

<sup>69</sup> Discurso en las Cortes (15 de abril de 1936), en GIL ROBLES, J. M.: *Discursos parlamentarios*, Madrid, Taurus, 1971, pp. 560-561; Discurso de Cuenca (1 de mayo de 1936), en PRIETO, I.: *Discursos fundamentales*, Madrid, Turner, 1975, pp. 259-272; discurso de José Calvo Sotelo en *Diario de Sesiones de las Cortes*, 1 de julio de 1936, pp. 1765-1776; y MAURA, M.: «Los Comités jacobinos del Frente Popular, el fascismo español y la gravedad de los problemas nacionales», *El Sol*, 21 de junio de 1936, pp. 1 y 12.

de la «amenaza» revolucionaria, y cuya organización y táctica violentas podían ser asimiladas en España a través de la paramilitarización de la vida política. Pero este proceso tampoco resultó uniforme en el conjunto de fuerzas de la derecha radical. Aunque fue un fenómeno que afectó a casi todas las tendencias, gran parte de ellas recurrieron a la milicia política como penúltimo recurso antes de optar por la baza suprema del golpe militar tradicional.

El fracaso de la radicalización, determinado en buena medida por la discrepancia existente entre la plétora de ideologías y culturas de la violencia y los recursos coactivos disponibles para desplegarla con éxito, echó a los distintos grupos de derecha en manos de los militares, que disponían de unas y de otros, y todo ello articulado en un proyecto factible de suspensión y destrucción de la República democrática. A pesar de su amplia movilización, las derechas extremas no lograron articular un proyecto contrarrevolucionario propio y coherente, salvo en su definición antirrepublicana. La armonía política no reinó nunca entre los partidos de la derecha accidentalista o catastrofista. Pero a diferencia de las concepciones subversivas que dividían a la izquierda, las estrategias particulares (la desactivación legal de la República propugnada por la CEDA, el derrocamiento abierto del régimen mediante una insurrección acariciada por el carlismo, la repetición del proceso restauracionista de conquista del poder alentada desde el alfonsismo o la trayectoria más errática del falangismo) fueron sacrificadas a la postre en favor del apoyo al Ejército, poder decisivo e inapelable en la dura pugna bélica que, a partir de julio de 1936, libraron la revolución y la contrarrevolución españolas.